

El síndrome del jugo de cartón

ANTOLÍN SÁNCHEZ

Este artículo, tal como nos refiere su autor, es una versión más que resumida de otro que fuera escrito en 1993. En ese momento el acto de fotografiar y circular la fotografía no tenía nada que ver con lo que ocurre en estos tiempos donde la producción y la difusión fotográfica ha cambiado de manera radical con la aparición de lo digital. Pero el contenido del texto está totalmente vigente para los tiempos que corren donde la inmediatez está presente como nunca antes.

NOTA PRELIMINAR

El siguiente artículo es una versión corta del publicado con el mismo título en el diario *El Nacional* en octubre de 1993. Durante el tiempo transcurrido, la forma como se produce y circula la fotografía ha cambiado radicalmente con el desarrollo de la imagen digital y la difusión a través de las redes sociales. Sin embargo, en ciertos aspectos el contenido mantiene vigencia, especialmente en lo referente a la obsesión por la inmediatez, condición que no es exclusiva de la disciplina pues en los últimos años invade casi todas las actividades humanas en forma universal.

Vale mencionar que originalmente este texto fue escrito por solicitud de José Antonio Navarrete en nombre del Comité de Redacción de la revista *Extra Cámara*, para ser incluido en el segundo número de dicha publicación. A pesar de ser entregado con varias semanas de anticipa-

ción a la fecha indicada, el escrito fue rechazado sin que existiese comunicación alguna con el autor en relación a por qué se procedía a censurar un material hecho por encargo. Como suele suceder, la censura terminó jugando contra el censor y la difusión en *El Nacional* superó en cientos de veces la cantidad de lectores que habría tenido en *Extra Cámara*.

Durante los últimos años la fotografía venezolana obtuvo el reconocimiento desde hace tanto tiempo anhelado. Esta tardía valoración significó, entre otros hechos, la apertura de galerías y museos a la disciplina, su inclusión en Salones y Bienales, así como la realización de importantes eventos a escala nacional. Finalmente, el Premio Nacional de Artes Plásticas conferido a Nelson Garrido parecería coronar, a pesar de la polémica suscitada, ese ambiente propicio a la especialidad. Sin embargo, ¿es en verdad así de bueno?, ¿está realmente la fotografía

DOSSIER

venezolana pasando por un buen momento? La respuesta puede escrutarse a partir del “Síndrome del jugo de cartón”.

CONSUMASE ANTES DE...

Los jugos envasados industrialmente –popularmente llamados “de cartón” o “de lata”– son productos de escaso valor nutritivo. Sus sabores y colores proceden de aditivos artificiales. Cuando se abre el envase, el contenido debe consumirse pronto pues el jugo en cuestión se degrada con rapidez incluso bajo refrigeración. Trasladándonos al campo artístico, asimilaré las condiciones antes descritas a lo que he dado en denominar el síndrome del jugo de cartón, cuyos síntomas son los siguientes:

- **Inmediatez y oportunismo.** Se pretende llegar al reconocimiento rápidamente y con poco esfuerzo. Se monta una exposición como se destapa una lata. Interesa más figurar que expresar.
- **Intrascendencia.** Las obras portadoras del síndrome no soportan el paso del tiempo. Una vez desechada la moda a la cual respondieron, se hace evidente su carencia de virtudes. El ejemplo del pop-art viene al caso: obras glorificadas hace dos o tres décadas avergüenzan ahora a colecciones públicas y privadas. ¿Cuánto tiempo transcurrirá para que comiencen a heder algunos laureados artistas post y transmodernistas?

A diferencia de otras disciplinas en las cuales existe mayor formación y tradición en nuestro medio, la fotografía tiene muy bajas las defensas para enfrentar el síndrome del jugo de cartón. La ignorancia general sobre la especialidad, así como la ausencia de un medio crítico con profunda capacidad de análisis complican el cuadro.

- **Divismo.** Como los jugos en cuestión y a falta de solidez en sus obras, los artistas infectados requieren de una constante campaña de mer-

cadeo. Para lo anterior se utilizan varias técnicas, siendo una de las más notables, crear una aureola de genio caprichoso alrededor del artista.

- **Complacencia.** El arte de cartón debe ser fácil de paladear. Aunque empalagan, tienen auge gracias al pobre gusto generalizado.
- **Imitación.** Incapacitado para madurar su obra por el inmediatez, el creador con el síndrome procede a copiar descaradamente a algún artista reconocido, imitando su estética sin entender su esencia y traspasando largamente el límite de lo que representaría una influencia razonable. Al menos, los jugos de cartón indican en su envase la presencia de sabores y colores artificiales.
- **Vacuidad.** Cero proteínas, minerales y vitaminas en los jugos de cartón. En el arte de cartón, solo encontraremos efectos intentando llenar el vacío. Se cumple el refrán español: “Dime de qué presumes y te diré de qué careces”. Mucho remiendo teórico y gran alarde de “conceptualismo” para tratar de paliar la carencia expresiva y la pobreza visual de sus pinturas, video-esculturas, intervenciones e instalaciones.

CONSUELO DE TONTOS

Gran parte de la cultura venezolana –y mundial– padece este síndrome. No solo los artistas. Directores de museos, medios de comunicación, coleccionistas, críticos y público participan, como cómplices o víctimas, del consumo de este arte de cartón. Desde “Casa Bonita” hasta “CCS-10” abundan los ejemplos locales de la epidemia. En la reciente I Bienal de Artes Visuales celebrada en el MAVAO, la categoría de “nuevas propuestas” constituyó un muestrario de chucherías. Al menos el jurado tuvo el acierto de declarar el premio desierto.

LA BESTIA DOMESTICADA

La aceptación de la fotografía se realizó en ese ambiente, en el cual el síndrome antes descrito está profundamente interiorizado. Su reconocimiento significó someter la fotografía a un proceso de amansamiento y domesticación. La per-

tenencia a grupos de afinidad social, económica o sexual agudizó el favoritismo hacia cierto estilo de fotos, asépticas y fofas. Debido a todo esto, y paradójicamente en su momento de mayor auge, la fotografía venezolana muestra una aguda crisis discursiva, signada por el facilismo y la intrascendencia. Esto no es motivo para escandalizarse. El poder siempre ha influido sobre el artista y su obra. Lejos también cualquier ánimo moralizante. Cada autor es libre de mercar, su obra o su persona, como le venga en gana. A diferencia de otras disciplinas en las cuales existe mayor formación y tradición en nuestro medio, la fotografía tiene muy bajas las defensas para enfrentar el síndrome del jugo de cartón. La ignorancia general sobre la especialidad, así como la ausencia de un medio crítico con profunda capacidad de análisis complican el cuadro.

Así, encontramos exitosos imitadores —o mejor, fotocopiadores— locales de autores extranjeros. Existen quienes invariablemente recortan y colorean sus fotos, sea o no pertinente la presencia de estos recursos. Uno de los más conocidos explota hasta el cansancio las mismas imágenes, siendo capaz de participar en numerosas muestras y exposiciones con las únicas quince o veinte fotos de siempre. Incluso, hubo quien llegó, me imagino que en un ataque de extrema creatividad, a exhibir radiografías diciendo que así mostraba el “interior” de su ser. Me abstengo de indicar los nombres, la culpa no la tiene el ciego, sino quienes lo premian y promueven.

ANTOLÍN SÁNCHEZ

Fotógrafo y productor audiovisual venezolano. Distinguido con el Premio Nacional de Fotografía de Venezuela en el año 2000.

